

LA BOCA DEL MORRO

Por Federico Villoch.

DE cuántos acontecimientos históricos, de excepcional importancia para Cuba, ha sido testigo esa «Boca del Morro», que un día tras otro ven los paseantes del Malecón, con la mayor indiferencia! ¡Cuánto ha tragado esa boca insaciable; cuánto ha pasado, y aun pasará por ella, en la sucesión de los siglos, si un cataclismo geológico —u otros— no nos sepulta con ella en los tenebrosos abismos de lo insondable!...

Del que menos se puede hablar es precisamente del europeo que primero llegó a Cuba —por que asiáticos, ya es indiscutible antes lo hicieron por el Estrecho de Behring— de Cristóbal Colón. Se ha discutido extensamente acerca del sitio en que primero posó sus plantas el génovalgálico navegante; pues si unos convienen en que entró, a lo que parece, por la Chorrera, como el inglés del cuento, otros aseveran que lo hizo, y es lo más probable, por la playa del Chivo, en Cojímar; abundando los que dan por cosa cierta que lo verificó por la llamada, ya desde entonces, Playa de Viriato, en recuerdo del pastor y cabecilla lusitano de ese nombre, cuya fama al parecer atravesara los mares. Por todas partes, menos por la conocida, décadas después, por «Boca del Morro»: la boca no se le abrió a la Habana, sino más tarde; cuando empezó a tragar millones, y turistas, que no otra cosa fueron los primeros inmigrantes, o visitantes, que en ella desembarcaron. Aparte de no ser cosa segura que Colón desembarcara en la Habana, ni que dijera misa bajo la histórica Ceiba del Templete: ceibas célebres, e indiscutibles, no hay más que Ceiba Mocha, Ceiba Hueca, y por encima de todas, Ceiba del Agua. Colón, según historiadores bien informados; no pasó de Isla de Pinos, el Paraíso Encantado, de Don Gabriel Camps.

Sebastián de Ocampo es el primero que entra en el Fuerte de Carena, en 1508, y por lo tanto, el primero que pasa la «Boca del Morro».

«Velázquez y muchos de sus compañeros —dice Benjamín Guerra— empezaron a hacerse ricos. Esto, que se supo en España, y en los demás lugares donde los españoles se habían establecido, fué causa de que vinieran muchos españoles más a la Isla; y al cabo de tres o cuatro años, los primeros trescientos vecinos se habían aumentado hasta el número de tres mil». Y fué ahí cuando el Morro empezó a abrir la «boca».

Aunque el dicho popular emplee para aquilatar la edad de una persona las frases —«es más viejo que el Morro», «también es viejo el Morro, y tira cañonazos»—

en la escala histórica, el Morro es relativamente joven. Aun no ha llegado a los cien si bien la fortaleza data del reinado de Felipe II, gobernando la Isla el General Juan Tejada, y siendo construída por el ingeniero Juan B. Antonelli, y de aquí el célebre cuento, y las famosas cuentas: «Para picos, palas y azadones, tres millones»; que por lo que se ve, no ha cesado de repetirse. Se levantó la torre de piedra actual, el año 1844, durante el gobierno del General O'Donnell. Así pues, debemos irnos preparando para celebrar el primer centenario de la Farola del Morro, de aquí a cuatro años, en 1944 —fecha que será memorable, eh?— Antes existía una garita de madera, con una campana para anunciar la proximidad de los piratas; y ya es de suponer cómo repicaría, cuando una mañana del año 1586, anunció estar a la vista la entonces formidable escuadra del pirata inglés, Francisco Drake; y la que se armó en la Habana, esperando el ataque del famoso y sanguinario británico. Pero Drake se enteró por algunos de sus espías —al parecer ya existían las quintas columnas— de que los habaneros estaban en condiciones de defenderse, y prudentemente «volvió grupas» hacia Panamá, recalando, más tarde, en algunas ensenadas de la región oriental de Cuba.

De su breve estancia en la Isla, el pirata inglés dejó el uso de una bebida con el nombre de *drake*, de gran consumo en los ingenios, las bodegas y las cantinas de barrio del tiempo antiguo, consistente en una buena dosis de aguardiente de caña, medio vaso, con azúcar, un poco de agua, y entonada con unas ramitas de hierba buena y una rajita de limón: el coctel de la época. Se estuvo bebiendo *drake* hasta 1800, y pico, en que fué desplazado por el ron de Cuba y la ginebra de Holanda. Le oímos decir una vez en España, a un viejo piloto gallego, refiriéndose al aguardiente de caña, con verdadera delectación: —¡Ah, después de una larga caminata, y con los callos echando fuego, qué dulzura envolver los pies en una toalla empapada en aquel aguardiente de caña de Cuba!... Se usaba mucho por aquella época otro aguardiente, el llamado, de «Islas», como medicina. Se hizo muy popular el brindis de un mascavídrio callejero, que en una recholata levantó su copa, improvisando la siguiente quintilla:

El vino lo da la uva,
y ambas son cosas de España;
¡bríndo, pues, con fiero zaña,
por la libertad de Cuba,
con aguardiente de caña!

También se bebía entonces mucho el «curazao», un licor rojo, dulzón, proce-

2

dente de la isla portuguesa de su nombre, que venía embasado en botellas de barro, que tenían unas pequeñas asas en el extremo superior; el «cuñazo» se usaba corrientemente para colorear, y darle un punto de alcohol, a las horchatas.

Contábanos nuestro padre —tégalo Dios en su gloria— que al estallar el año 70 la guerra entre Francia y Prusia, hallábase fondeada en nuestra bahía la fragata francesa «Bourdet», apareciéndose dos días después la fragata de guerra alemana «Meteoro». Ambos comandantes se retaron a singular combate; se pusieron en franquía, enfilaron la salida del puerto; y un numeroso público corrió al litoral para ver salir por la «Boca del Morro» a las dos valientes unidades que, llevando desplegadas a popa las banderas de sus respectivas naciones, iban a jugarse la vida, cara a cara —cañón a cañón— fuera de las aguas jurisdiccionales: una hora después se oía desde la costa el fuerte y continuo cañoneo de ambos rivales, regresando al cabo la «Meteoro» con grandes averías, un buen número de heridos y dos muertos, a bordo; a los que se les dió sepultura en el Cementerio de Colón: al sepelio acudieron representaciones del Capitán General de la Colonia, otras autoridades de importancia y numeroso pueblo: un caso semejante al ocurrido recientemente en Montevideo, con el crucero Von Spee, de la marina de guerra alemana. Así como se dice que «no hay nada nuevo bajo el sol», también puede decirse que «todo ha ocurrido ya». La tumba de los marineros del «Meteoro» es frecuentemente visitada por los jefes y tripulantes de los barcos de guerra alemanes que recalán en nuestra bahía. Nunca faltan en ella flores y coronas. Fué aquel el único combate naval que hubo

en la guerra franco-prusiana del 70. En el túmulo se lee, al frente, el siguiente:

EPITAFIO

Aquí yacen

los marineros alemanes
Carbonieri y Thonson
del barco de Su Majestad Meteoro
caídos en el combate naval
cerca de la Habana,
el nueve de Noviembre de 1870.

Al costado izquierdo se lee:
Donado por los alemanes de la Habana.

En el costado derecho:
Dulce et Decorum est Pro Patria Mori.
Que quiere decir en cubano:
Morir por la Patria es vivir.

De codos sobre el muro del Malecón, —«De codos en el puente», una lindísima poesía de Milanés— y mirando hacia la «Boca del Morro», vienen a nuestra memoria infinitos recuerdos, unos, de nuestras lecturas; otros, vividos. Recordamos, mejor dicho, vemos deslizarse por entre esos peñascos revestidos de verde musgo, negros en la base, meciéndose en un suave balanceo de hamaca, la Santa María,

la Niña y la Pinta, las tres carabelas del Centenario—1892—precedidas de un acorazado que saluda a la plaza con su salva, mientras de sobre los arrecifes, y de los muros, y de los balcones, y de las azoteas, se oye surgir, entre el cañoneo salutorio de las fortalezas, el regocijado clamor de la multitud enorme que asistía al soberano espectáculo conmemorativo, tan diferente del original, que hacía cuatro siglos justos, se desarrollara en medio de un silencio cargado de hostilidad y de asombro, ante una indolente medrosa que contemplaba el espectáculo, tras los uveros y maniguazos de la costa, con sus ojos encendidos de curiosidad... ¡Caravana del tiempo, cómo corres superponiendo los acontecimientos con tal prisa y desorden, que no nos dejas a veces ni la ocasión de apreciarlos!

Ahora son los corsarios franceses de Jackes de Sores que entran con sus galeones, el diez de Julio de 1555, atemorizando con su confusa gritería a la ingenua población habanera, mandada por el Gobernador Angulo. Otra sección desembarca por la Caleta de San Lázaro, y sostiene reñido combate con los defensores de tierra, en el lugar donde siglos después habrá de levantarse el monumento a Maceo...

Ahora es el crucero de la marina de guerra española «Sánchez Barcaistegui», que, aprovechando la oscuridad, sale por esa boca, una noche del año 1895, misteriosamente, con todas sus luces apagadas, para sorprender y capturar una expedición mambisa a las órdenes de Collazo, de la que se había tenido en la Habana segura confidencia, y que al doblar el Morro choca con el vapor «Mortera», capitán Vignola, que buscaba precisamente en esos instantes la entrada del Puerto, yéndose a pique el crucero español en minutos y pereciendo gran número de los tripulantes, entre ellos el jefe del Apostadero de la Habana que mandaba la operación, Almirante Delgado Parejo. En tanto, la denunciada expedición, seguía su ruta; y Collazo y sus compañeros llegaban a su destino, y desembarcaban en una playa de Oriente. Ponía los pelos de puntas pensar cómo habrían sido devorados por los tiburones que ahí abundan, los tripulantes del crucero. Mucho tiempo tuvieron los pescadores del contorno dedicados a pescarlos, por si en el vientre de algunos de ellos aparecía una sortija con un brillante de gran valor que acostumbraba usar el desdichado Almirante. Su cadáver fué encontrado tres días después, pero sin cabeza y sin brazo...

Ahora es la goleta «Santiago», que, a velas desplegadas viene desde el Mariel, una mañana de 1898, burlando el bloqueo de los barcos americanos, bajo los disparos de cañón de éstos, y los de la Batería de Santa Clara —caían las balas alrededor de la naye, como se ve hoy en las actualidades del cine— entrando por esa

3

hoca en medio del vocerío del inmenso público que se agolpa en San Lázaro y los Muelles para vitorear tan portentosa hazaña: a proa viene el patrón, Curbera, gallego, ondeando triunfante la bandera de su patria, que acaba de cubrir de gloria!

Ahora es el crucero «Maine», de la Marina de de Guerra Americana, que entra en zafarrancho de combate, el día 25 de Enero de 1898, a las once de la mañana, atraído por alarmantes noticias recientes, y explotar, veinte días después, en medio de la bahía, la noche del 15 de Febrero del propio año; y salir en informe amasijo de hierro viejo retorcido, diez años después, por esta propia «Boca del Morro» para ser sepultado con toda pompa en alta mar...

Ahora es, en fin, el vapor Julia, que en la clara radiante mañana del siete de Mayo de 1902 flotando a popa la bandera de Cuba libre, y rodeado de infinitas embarcaciones, entra por la «Boca del Morro», llevando a su bordo al primer Presidente de la República Cubana —entre salvas de todas las fortalezas y vivas de todos los corazones— Don Tomás Estrada Palma: Colón de nuestra vida libre y republicana; como él, glorificado y exaltado; y también como él, en su día, perseguido, olvidado injustamente...

Día de gloria y regocijo para la Habana, y nuestra Marina Nacional, fué el domingo 7 de Junio de 1914, fecha en que salió por esa «Boca del Morro» el crucero «Patria», para hacerle a la Madre España una visita de cortesía y cariño. Mandaba el crucero el Comandante Rodolfo Villegas, e iban con él, en viaje de instrucción —todos jóvenes, palpitantes de alegrías y esperanzas— los guardias marinas: Salvador Menéndez Villoch, Federico Ardóis Rugero Aurelio García Leal, Francisco García Proigas, Arturo de Plazaola Bravo, Gustavo Valdespino Aguilar, Octavio Galette Pimentel, Armando Caballín Cemesañas, su hermano José; Armando del Río Espinosa, Alejandro López, José Sotolongo, José García Gamba, José Torres Curbelo, Enrique Franclín, José Román, René Velarde Felipe Cadenas, Rafael Reina, Ramón Rodríguez Paderni, Alemany, Beltrán...

Este inolvidable suceso dió motivo a una de nuestras obras teatrales de mayor éxito: «El Patria en España», de la que se popularizaron sus cómicos personajes, el negrito «Carbuero», que desempeñaba Sergio Acebal; su novia, la refistolera negrita, «Catuca», de tan excelente modo interpretada por Blanquita Becerra; y el gallego «Muñeiro», que hacía Pancho Bas, con su vis cómica espontánea «sui generis».

En el cuadro de la «Coruñá» Gustavo Robreño caracterizaba a la perfección al Dr. Mario García Kohly, que era entonces Embajador de Cuba en Madrid. También se hacía aplaudir el discreto actor cómico Guillermo Ankerman, que imitaba, en la playa del Sardinero en Santander, al Rey de España, Alfonso X. «y tres palitos», como decía Acebal, en el negrito «Carbuero».

Se cantaba por todas partes aquel lindo y cadencioso tango que la música criollísima de Jorge Ankerman popularizó desde la noche del estreno:

«El Patria» se va pa España con los marinos cubanos...

La inolvidable Eloísa Trías desempeñaba, como ella sabía hacerlo, tres papeles: la negra Na Tomasa, madre de «Carbuero»; «Solita», la gaditana del último cuadro en el mesón de «Fuerta de Tierra», en Cádiz; y «Cuba», en el primero: el público le tributaba una imponente ovación, cuando decía aquellos versos despidiendo al «Patria», en aquel magnífico decorado de Pepito Gómez, que representaba un paisaje de nuestro puerto:

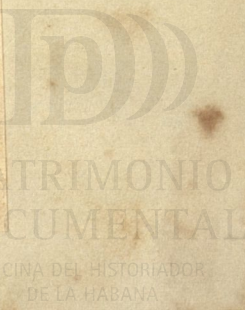
En frágil carabela España un día cruzó valiente el proceloso abismo; pues hoy Cuba también hace lo mismo, y un mensaje de amor a España envía.

Y salía por esa boca el mensajero, tan orgulloso en su sencillez y modestia, todo tremolante de gallardetes, a popa la bandera de Cuba libre, latigueando en el aire a los impulsos de la encendida y perfumada brisa tropical. Era aquel un día de fuerte marejada. El crucerito cubano saltaba y cabeceaba como un cascarón de nuez, batido por las encrespadas olas. El entonces director del Observatorio Nacional, Dr. Carbonell, comentando aquel arriesgado viaje en un artículo titulado: «¿Volverán?» —Volvieron. A los tres meses entraba otra vez el valiente barquito por esa «Boca del Morro» —los guardias marinas que ya todos eran oficiales, alineados en el puente, con sus trajes blancos y sus gorras con un galón de oro— en medio de las jubilosas aclamaciones de su pueblo.

Vamos a apuntar a la ligera, y no muy seguros de no equivocarnos, algunos detalles referentes a nuestro puerto y a esta «Boca del Morro» de que venimos ocupándonos: unos, productos de nuestras lecturas, como ya advertimos, y otros, de sucesos que hemos presenciado personalmente. Por ella entraron y salieron muchas veces los primeros barcos a vapor, de ruecas, que navegaron en Cuba: el «Matanzas» y el «José Baró», ambos pertenecientes a la casa naviera de este nombre.

En el Arsenal de la Habana se construían en 1804, los entonces formidables navíos de guerra de la Marina Española, con maderas duras del país, entre otros. «El Soberano», presente en el rescate de los prisioneros del «Virginius», por el Almirante inglés Lorraine; los restos del «Soberano» salieron del fango de la bahía de Santiago de Cuba, cuando allí se hizo

el dragado. En el Arsenal se construyó el navío «Trinidad», de cuatro puentes, que montaba setenta cañones por banda, el más grande del mundo, en aquella época. El «Trinidad» se batió en Trafalgar. El buque insignia donde iba el heroico Almirante Churruarín era el «San Juan». Pérez Galdós refiere en sus memorias que conoció personalmente, en Santander, presentado por el novelista Pereda, un viejo marino de cerca de noventa años, que fué grumete en el «San Juan», quien



4

le contó al autor de los Episodios Nacionales los más minuciosos detalles del combate de Trafalgar, basado en los cuales el genial novelista escribió su interesante episodio del mismo nombre.

Otro buque crucero español, «El Colón», salió de la Habana en 1896, para perseguir la expedición del «Competitor», que venía al mando de Alfredo Laborde, y embarrancó en los bajos de los Colorados, en Pinar del Río. Laborde fué capturado en tierra, juzgado en el Arsenal, condenado a muerte, indultado y desterrado: era hermano del estudiante Laborde que cayó en el fusilamiento de 1871.

El vapor «Monterrey» chocó con una mina después de salir de la Habana en 1917, antes de llegar al Cabo Hatteras, ahogándose muchas personas conocidas, y un cbspo mejicano que llevaba un cuantioso tesoro para ponerlo a salvo de la revuelta que entonces había estallado en Méjico.

En 1898, los trasatlánticos de la compañía de Antonio López, «Santo Domingo» y «Montevideo», abandonaron una noche el puerto, burlando el bloqueo de los barcos americanos con rumbo a Méjico. «El Santo Domingo» regresó con un cargamento de víveres; pero fué visto por un crucero enemigo, y perseguido, embarrancó cerca de la Coloma, siendo sus restos visibles hasta hace poco. En 1908 llegó a la Habana la corbeta española, escuela de guardias marinas «Nautilus», haciéndosele un fraternal y sincero recibimiento. La mandaba el Capitán de navío Don Salvador Moreno Eliza. Cuando el «Patria» fué a la Coruña, era el Jefe del Apostadero del Ferrol, y recibió a los cubanos con extraordinaria alegría y cariño.

No cabe dudar que la importancia de los sucesos está en razón directa del mayor o menor tiempo que tienen de haber acontecido; y no hay que olvidar, además, que éstas nuestras viejas postales van el subtítulo de «recuerdos contemporáneos», por lo que excusamos extendernos en la relación de los sucesos que llenaron las primeras décadas del pasado siglo diecinueve.

Un cantar del pueblo decía:
Tres cosas tiene la Habana
que no las tiene Madrid,
son el Morro, la Cabaña,
y ver los barcos salir.

Y no había efectivamente, en la época de aquel cantar, diversión más animada que ir a ver salir y entrar los barcos por la Boca del Morro, sobre todos los vapores correos españoles que hacían la ruta Habana, Cádiz, Santander, Barcelona. Apenas el Morro izaba en su semáforo la señal de «vapor correo a la vista», empezaban a llenarse de curiosos la Funtilla y los Muelles de San Francisco, y se esparcía sobre los abruptos arrecifes de San Lázaro un enorme gentía, en su mayor parte compuesto por el elemento peninsular del comercio; ansioso de ver entrar por la «Boca del Morro» aquel buque que era como un pedazo de la lejana patria, que lentamente se iba acercando, y le traía nuevas de sus familiares.

—¡A ver el correo!—era la voz popular, en aquellos tiempos en que no estábamos sacbrados de espectáculos callejeros.

Los vapores correos españoles, y luego también los franceses, saludaban a la plaza con un cañonazo a la entrada y a la salida del puerto: el correo español salía generalmente, a las seis de la tarde; el francés, a las nueve de la noche.

El poeta eúskaro Faustino Díez Gaviño cantó, expresando esa impaciencia del pueblo, a que antes nos referimos:

¡Llegó el correo! ¡Bendito día!
con qué impaciencia yo lo esperaba,
¡Cuánto tardaba, querida mía;
cuánto tardaba!

No obstante, no eran todos a ver entrar el correo por la «Boca del Morro» con el mismo entusiasmo y alegría: el infeliz empleado colonial lo esperaba con el corazón en la boca, receloso de aquellos «Indices» traidores que traían en su seno, cesanteando antiguos y nombrando nuevos servidores del Estado, en un trasiego que no distaba mucho del que se emplea en el Mercado Unico para separar los huevos frescos de los pasados. Desde que los «Indices» empezaron a fraguarse en las Secretarías respectivas, y en los distintos Repartos Kohly con que ha contado, desde su instauración nuestra República, y comenzaron a organizarse y habilitarse los aeropuertos del Arsenal, Rancho Boyeros, Columbia, etc., etc., puede decirse que la «Boca del Morro» empezó a perder importancia. Más ya lo advierte el antiguo adaglo: donde hubo, algo queda; y la importancia no se pierde del todo. De un día a otro espérase que entre por esa propia boca, un barco americano, trayendo, perfectamente estibadas en sus bodegas, las sólidas cajas conteniendo, en brillantes barras de oro, el empréstito de 50 millones que, según se dice, va a concertar, con un Banco neuyorquino, nuestra República. El curioso pueblo habanero volverá a instalarse ante aquel sitio donde tantas veces transcurrió su espera ansiosa rogándole al Altísimo que esos dineros lleguen «a nos» sin novedad; que pasen la «barra» sin incidentes desgraciados; y sobre todo, que no caigan en esas hirvientes cuevas de insaciables tiburones, que, según la leyenda, infestan, desde los antiguos tiempos, la histórica «BOCA DEL MORRO», y sus alrededores.

DM. Oct 24/40